

DE LA AVENIDA DE COPACABANA A LA PUERTA DEL SOL

POR los caminos azules que ponen alto techo a tres continentes, ha caminado en vuelo majestuoso de cóndor un "bandeirante" brasileño, desde el aeropuerto luminoso de Santos Dumont, en la incomparable Río de Janeiro, al aeródromo intercontinental de Barajas. Un "bandeirante" gigantesco y hermoso, como la más bella ave del paraíso, que bajo el signo comercial de la Panair do Brasil —la Compañía que lanza sus aviones sobre América entera y sobre toda Europa, y que el año pasado transportó en ellos ciento cuarenta mil seiscientos cincuenta y dos pasajeros— viene a unir la playa de Copacabana, llena de fuerte sol y aires cosmopolitas, con la Puerta del Sol, castiza, madrileña y también europea, en veintidós horas de vuelo.

Por los cielos de América, de África y de Europa, sobre el viejo Océano Atlántico, ha venido el "bandeirante" a unir, aún más si cabe, América con España. En la alta madrugada salió el avión del aeropuerto de Santos Dumont entre vivas y agitar de pañuelos de alegre despedida y con la presencia del encargado de Negocios de España, Sr. De Cácer, quien pronunció felices palabras de augurio para la línea que se inauguraba. Cuando Madrid dormía llegó el primer avión brasileño, traído por las manos fuertes y viriles de un joven piloto de la más noble sangre brasileña: D. Juan de Orleães y Braganza, que si en los aires se apasiona por pilotar un caza guerrero o un pacífico "bandeirante", en la tierra le gusta saltar al "bonde", que también "vuela" sobre rieles por las avenidas brasileñas, o echarse a caminar al término de su etapa para mirar a las muchachas por la rue de la Paix, por el Chiado, por Regent Street y ahora por la madrileña Carrera de San Jerónimo.

Empieza a levantar el día y unos pasajeros aguardan en la Aduana las operaciones necesarias para irse a dormir a su hotel. Entre ellos ha venido, activo y alegre, adelantado en cordialidad y simpatía, el Agregado de Prensa en la Embajada española de Río de Janeiro, Román Escoloiado, una de las más brillantes plumas españolas de la hora actual. Otros pasean por el jardín de Barajas esperando que el avión siga su rumbo a Roma y Estambul. Y don Juan de Orleães y Braganza accede, amable, a concedernos una entrevista.

—Estoy seguro —nos contesta a la primer pregunta, que su corazón y su cerebro no han tenido que meditar en razón de su sinceridad— que la comprensión entre España y el Brasil tiene que ser, lo va a ser cada día, más sincera y más bella. Es necesario que los pueblos de estirpe cristiana y latina estén hoy más unidos que nunca. Estos viajes serán un gran lazo de unión.

—¿Cree vuestra alteza que va a establecerse un gran intercambio de ideas, ahora que tan pocas horas separan a España del Brasil?

—Si hubo una edad del fuego y otra de la piedra y otra de los metales, hoy vivimos en la edad de la "idea". Es un constante ir y venir de ideas por las utas del aire, para mejor comprenderse a través de las fronteras del espíritu. Ahora, cuando el Atlántico es un lago —si no fuera irrespetuoso para su gloria diríamos una laguna—, nuestros profesores y los vuestros, nuestros artistas y los españoles, los comerciantes españoles y los brasileños, que tan amplia misión cumplen en el conocimiento de los pueblos, tienen que ir y venir, conocerse, trabajar juntos.

—Y hablando del conocimiento, ¿ha visitado ya nuestro país?

—Hace ya un año que recorrí buena parte en automóvil. Antes lo había sobrevolado muchas veces, y ahora me propongo venir lo más a menudo posible. Quiero dejar un poco mi despacho, demasiado confortable, de la avenida de Río Branco para ocupar mi butaca de piloto; ya que, sobre todo y ante todo, prefiero la fisiología de vuelo al papeleo y a las visitas.

—Y España, ¿cómo le gusta más, desde el aire o desde tierra?

—Desde arriba yo creo que la conozco mejor, con más intimidad. Desde la carlinga percibo el alma del país más intensamente, y sus accidentes geográficos, geológicos, su clima, sus villas y sus caseríos, me dan una imagen noble y bella de lo que es España, una imagen que llevo siempre conmigo.

—Y ahora, ¿cuántos aviones vendrán a Madrid por semana?

—En principio, dos. Los lunes y los viernes, de madrugada, aterrizarán en Barajas, para seguir viaje a Roma y Estambul y regresar los martes y sábados, por la tarde, a Río. Después es posible una ampliación. Hasta hoy, esto es lo que nuestro Presidente, Paulo Sampaio, un hombre de temple de acero, de corazón gigante, como el de uno de nuestros "bandeirantes", e inteligencia excepcional, ha establecido.

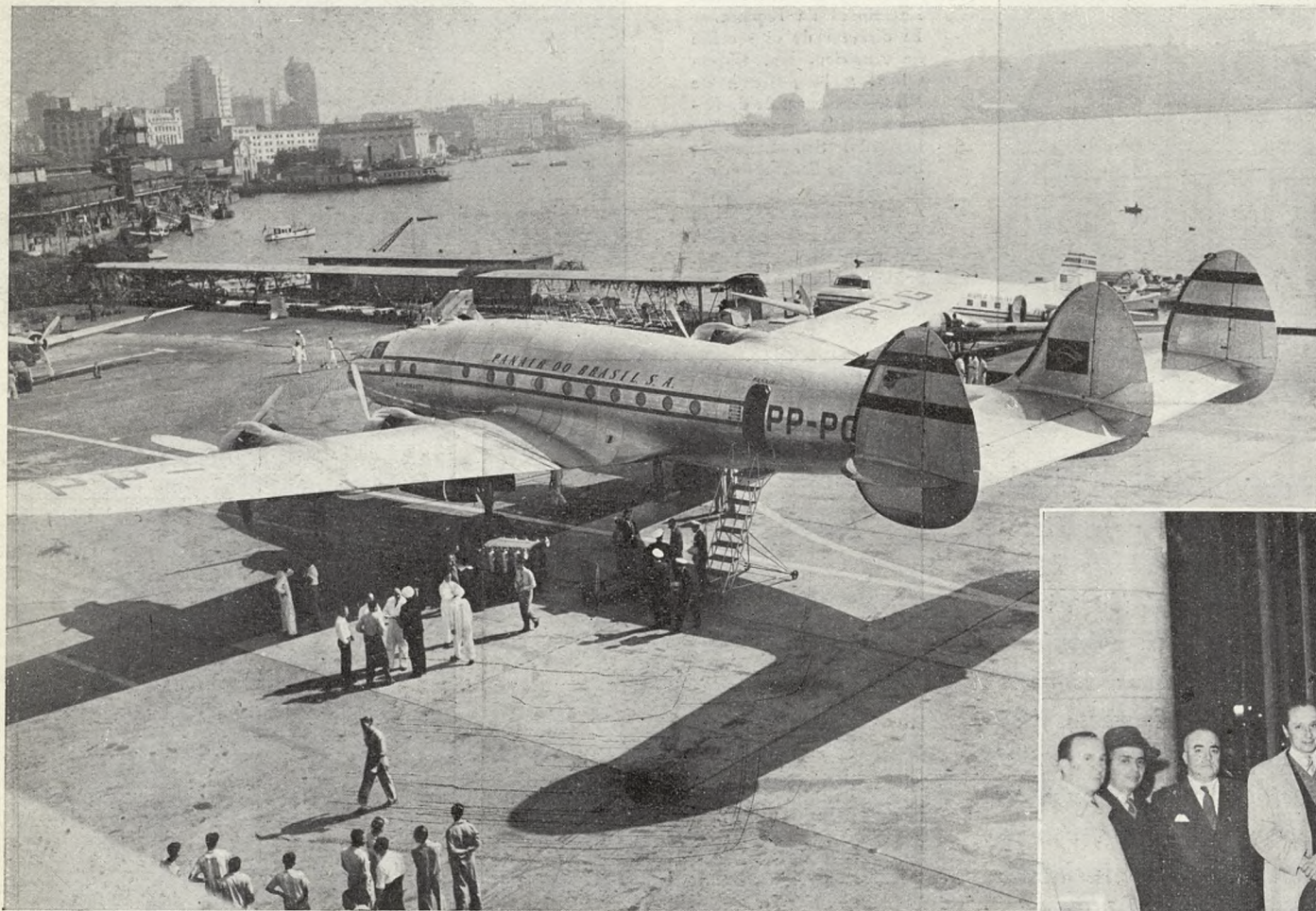
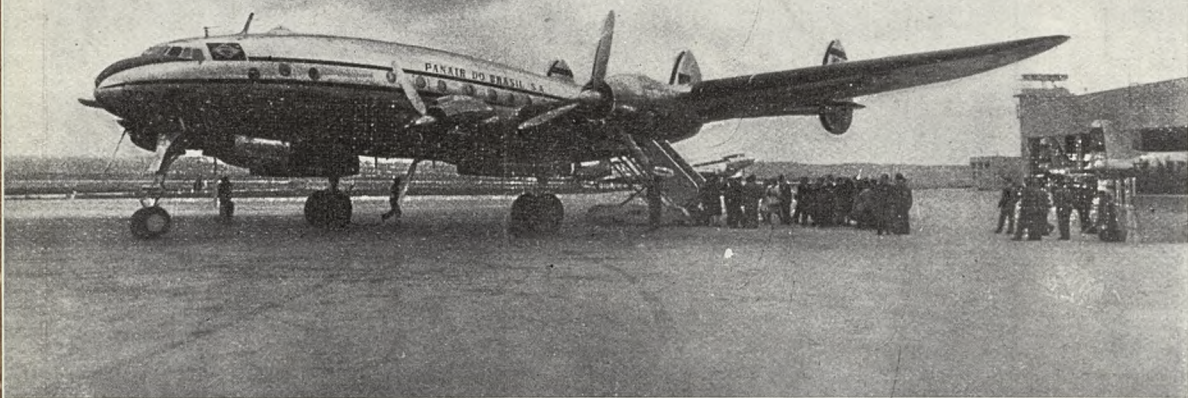
—Y puesto que es la primera vez que llega a Madrid por el aire, ¿puede decirme su impresión de Barajas?

—Lo había sobrevolado muchas veces y consideraba este aeródromo excelente. Ahora, después de haber aterrizado en él, creo que es uno de los primeros del mundo.

—Entonces, ¿contento de venir a Madrid?

—Más que contento. Lo único que me entristece es que hay que partir pronto; éste es el defecto grave de la aviación, que, como se llega corriendo, hay que marcharse de prisa.

Y el piloto D. Juan de Orleães y Braganza, capitán de la Aviación militar brasileña y hoy al servicio de su Aviación civil, nos tiende la mano. Al instante todos agitamos la nuestra en el aire frío de la madrugada para decir adiós al "bandeirante" que levanta el vuelo.



Ofrecemos en esta página cuatro aspectos de la inauguración de la línea aérea Río de Janeiro-Madrid. En la parte superior: el avión "Bandeirante", a su llegada al aeropuerto madrileño de Barajas. Debajo: D. Joaquín Ruiz-Giménez, Director del Instituto de Cultura Hispánica, conversa con el pretendiente al trono del Brasil, don Juan Orleães y Braganza. En la parte inferior, a la izquierda: el avión "Panair do Brasil", en el aeropuerto de Río de Janeiro "Santos Dumont". A la derecha: el encargado de Negocios de España en el Brasil despide al príncipe de Orleães y Braganza, que tripuló el avión.